

LA “CARTA” SOBRE EL MINISTERIO APOSTÓLICO (2 Cor 2,14-6,13)

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v53i184.60>

Autor: Santiago Guijarro Oporto. Sacerdote Operario. Profesor titular de Nuevo Testamento en la Universidad Pontificia de Salamanca (España).

Nos introduce en el contexto de un ministerio cuestionado. La Carta responde a una situación vital concreta. Nos muestra la experiencia de los misioneros del grupo apostólico con el uso del “nosotros”. Peculiaridad de su ministerio: quien capacita es Dios. Compara nuestro ministerio con el de Pablo.

ESTUDIOS

Los escritos del Nuevo Testamento hablan con frecuencia sobre el ministerio apostólico, pero es sobre todo en las cartas de San Pablo donde encontramos reflejada una vivencia personal de sus luces y sus sombras, de sus alegrías y sus tribulaciones, de sus logros y sus fracasos. Estas cartas contienen el precioso testimonio de uno de los primeros discípulos de Jesús que recibió de Dios la llamada a ejercer este ministerio y se entregó a él con toda el alma.

Su vivencia del apostolado ha quedado reflejada de una u otra forma en todas las cartas, pero en la Segunda Carta a los Corintios (2Cor) constituye un tema casi monográfico. Dentro de este escrito, compuesto probablemente a partir de varias cartas más breves, encontramos, en efecto, una larga reflexión sobre cómo entendía y vivía él la vocación que había recibido (2,14-7,4). Los estudiosos piensan que se trata de una de esas car-

tas más breves utilizadas más tarde en la composición de 2Cor y se refieren a ella como la “carta sobre el ministerio apostólico”.

El testimonio reflejado en esta carta posee una gran actualidad. En una época en que el ministerio es contestado y cuestionado de diversas formas, sobre todo en la Europa post-cristiana, es iluminador dirigir nuestra mirada hacia aquella vivencia para redescubrir la hondura y la vigencia de nuestro ministerio. Este ejercicio puede ser también saludable en otros contextos en que el ministerio necesita ser reconfigurado desde su raíz más profunda y purificado de adherencias extrañas.

El presente artículo, que recoge y desarrolla una contribución al programa de formación permanente del clero de la Conferencia Episcopal Española, trata de introducir la lectura de la “carta sobre el ministerio apostólico”. Contiene también algunas reflexiones nacidas de dicha lectura. Pero, ante todo, quiere ser una invitación a leer y meditar personalmente, vivencialmente, este texto fundante sobre el ministerio apostólico¹.

1. ¿Una “carta sobre el ministerio apostólico”?

Antes de abordar su lectura tenemos que mostrar que la “carta sobre el ministerio apostólico” fue un escrito independiente. Para ello es necesario abordar algunos aspectos de tipo literario, tales como su peculiaridad dentro de 2Cor, su unidad interna, su delimitación y su disposición literaria.

Como hemos dicho en la introducción, es muy probable que 2Cor haya sido compuesta a partir de diversas cartas escritas por San Pablo a la comunidad de Corinto. El motivo de estas cartas habría sido la crisis que provocó la oposición hacia él de otros misioneros cristianos llegados a dicha comunidad². La “carta sobre el ministerio apostólico (2Cor 2,14-7,4)” sería una de estas cartas, como sugieren algunos indicios de tipo literario.

¹ Quiero dedicar este trabajo a Don Rafael Pastor García, sacerdote de la diócesis de Toledo (España), que fue y sigue siendo para mí un modelo de cómo vivir el ministerio apostólico en la entrega a las personas, el estudio de la Palabra de Dios y la perseverancia en medio de las tribulaciones.

² A la hora de determinar la composición mixta de 2Cor fue muy influyente el artículo de G. Bornkamm, “Die Vorgeschichte des sogenannten zweiten Korintherbriefes” *Die theologische Literaturzeitung* 88 (1963) 895-897. Una exposición actualizada y bastante convincente de los indicios que permiten distinguir cuatro cartas en 2Cor y de su ambientación en el contexto de la misión de Pablo puede verse en: S. Vidal, *Las cartas originales de Pablo* (Madrid: Trotta 1996) pp. 19-20 y 26-31.

El primero de ellos es que hay un cambio muy brusco de tono y tema entre 2,13 y 2,14, por un lado, y entre 7,4 y 7,5 por otro. En 2,12-13 Pablo está hablando del viaje que realizó desde Tróade hasta Macedonia, pero de pronto, de forma abrupta, comienza en 2,14 una acción de gracias que introduce una larga reflexión de tono apologético. Dicha reflexión termina en 7,4, pues en 7,5 se retoma el relato de su viaje, mencionando su llegada a Macedonia. Dicho de otra forma, la continuación natural de 1,1-2,13 es 7,5-16.

Otro indicio en que se sustenta la identificación 2Cor 2,14-7,4 con una de las cartas más breves que habrían dado origen a 2Cor es su unidad temática y literaria. Posee unidad temática porque todos estos capítulos están centrados en la defensa del apostolado de Pablo, y tiene unidad literaria porque posee un comienzo (2,14-16a: acción de gracias) y un final (7,2-4: exhortación), semejantes a los que encontramos en otras cartas paulinas.

Quienes piensan que 2Cor no es el resultado de fundir varias cartas más breves, sino que fue concebida así desde el principio, explican estos datos diciendo que Pablo hace aquí una digresión, retornando a su relato en 7,5. En ambas explicaciones, sin embargo, se reconoce la unidad temática y la peculiaridad literaria de estos capítulos.

Hacia el final de la carta encontramos, no obstante, algunas incoherencias que rompen esta unidad temática y literaria. Por un lado hay dos exhortaciones conclusivas muy parecidas en el tono y el contenido (6,11-13 y 7,2-4); y por otro, la exhortación a no mezclarse con los impuros que se encuentra entre ellas (6,14-7,1) utiliza un vocabulario y un tono muy diferente al del resto de la carta.

Los comentaristas suelen explicar estas incoherencias de dos formas. Según algunos, la exhortación de 6,14-7,1 habría sido introducida en medio de la exhortación conclusiva, dando así lugar a dos conclusiones. Otros, sin embargo, piensan que en la carta actual el redactor fundió dos conclusiones de dos copias diferentes de la carta original, que habrían sido enviadas a dos comunidades distintas. Según esta explicación, el argumento principal de la carta terminaría con la invitación a la reconciliación de 6,2, de modo que el cuerpo de la misma iría desde 2,16b hasta 6,2. En la copia dirigida a los corintios (mencionados sólo en 6,11) se habría añadido una conclusión adaptada a su situación (6,3-13), mientras que en la otra copia se habría añadido una conclusión diferente (6,14-7,4). Esta

segunda hipótesis es la que seguimos, y por ello en el título de este artículo hemos circunscrito la “carta sobre el ministerio apostólico” a 2Cor 2,14-6,13³.

La disposición literaria de la carta así delimitada sigue un principio bastante común en la retórica antigua: pasar de una parte a otra del discurso con transiciones suaves para que no se pierda el hilo del mismo. Como nuestra intención no es hacer un comentario exegético detallado, no será necesario discutir aquí todos los indicios de división. Bastará con identificar las partes más importantes del discurso y mostrar cómo se integran en el conjunto. La disposición literaria de la carta parece ser esta:

Acción de gracias y enunciado del tema	(2,14-17)
1. Discusión sobre la capacitación del apóstol	(3,1-4,6)
2. Reflexión sobre la debilidad del apóstol	(4,7-5,10)
3. Exposición sobre el estilo de vida apostólico	(5,11-6,10)
Exhortación final	(6,11-13)

Esta división se basa en la observación de los cambios que se van produciendo en el tema tratado y en el tono que se utiliza. El tema es siempre el ministerio apostólico, pero en cada una de estas tres partes se aborda un aspecto concreto desde una perspectiva particular. La acción de gracias y el enunciado del tema introducen la discusión sobre la capacitación del apóstol (2Cor 3,1-4,6). Esta primera parte posee un intenso tono polémico y apologético del que carecen las otras dos. En la segunda y en la tercera, en efecto, los adversarios que han provocado la reacción de la primera quedan como en penumbra. En ellas se sigue hablando sobre el ministerio apostólico, pero sin el tono polémico de la primera parte. La segunda (2Cor 4,7-5,10) tiene un tono más reflexivo. Después de responder a las acusaciones de los adversarios, Pablo se detiene en una de ellas, pero no para defenderse, sino para profundizar en lo que supone la extrema debilidad de la existencia apostólica. Cuando termina esta reflexión, centrada en un aspecto particular, el tono cambia de nuevo y se hace más expositivo, iniciando así la tercera parte (2Cor 4,11-6,10), en la que el

³ La hipótesis de los dos finales fue propuesta por J.-F. Collange, *Enigmes de la deuxième épître de Paul aux Corinthiens. Etude exégétique de 2 Cor. 2:14-7:4* (Cambridge: University Press 1972) pp. 302-305. Los argumentos a favor de la hipótesis de la inserción pueden verse en: H.-J. Klauck, *2. Korintherbrief* (Würzburg: Echter Verlag 1986) pp. 60-61.

apóstol se dirige a los corintios para exponerles cómo entiende él su ministerio y para invitarles a la reconciliación con Dios. La conclusión (2Cor 6,11-13), en fin, exhorta a los corintios, con un tono más personal y persuasivo, para que le abran su corazón y se reconcilien con él.

2. El contexto vital: un ministerio cuestionado

Para comprender mejor lo que se dice en la “carta sobre el ministerio apostólico” es muy importante conocer la situación vital en que fue escrita. No es una reflexión teórica sobre el ministerio, sino la respuesta a una situación vital concreta. Para Pablo y para los corintios esta situación era de sobra conocida, pero nosotros sólo podemos recuperarla a partir de las referencias que encontramos en la carta. En ella se perciben, en efecto, tres grupos de personas que se relacionan entre sí de diversas formas: Pablo, que remite la carta; los corintios, a quienes se dirige; y los adversarios de Pablo, que han cuestionado su autoridad como apóstol ante los corintios.

Los estudiosos de las cartas de Pablo suelen distinguir entre las cartas escritas por él (proto-paulinas) y las escritas por sus discípulos (deuteropaulinas). 2Cor pertenece, junto con otras seis (1Tes, 1Cor, Gál, Flp, Fm y Rom) al primer grupo. Podemos decir, por tanto, que 2Cor fue escrita por Pablo. Pero, ¿podemos decir lo mismo de la carta sobre el ministerio apostólico? No es una pregunta ociosa, pues en 2Cor 2,14-6,13 el remitente utiliza casi siempre la primera persona del plural. Este uso del plural es, de hecho, uno de los aspectos más llamativos de la “carta sobre el ministerio apostólico” desde el punto de vista literario⁴.

En las cartas de Pablo el “yo” y el “nosotros” se usan casi en la misma proporción. Este es el caso también de 2Cor. Sin embargo, en la carta sobre el ministerio apostólico el “nosotros” supera de una forma abrumadora al “yo”, que sólo encontramos en tres ocasiones (5,11; 6,13; 7,3-4). Este dato estadístico del todo peculiar ha intrigado a quienes estudian esta carta detenidamente. La pregunta que suscita es: ¿Quién habla a través de este “nosotros”? Las respuestas que se han dado contemplan diversas posibilidades. Podría tratarse de un plural de autor, es decir, de un uso lite-

⁴ Algunos comentarios, de hecho, consideran tan importante la discusión sobre el uso del “nosotros”, que la incluyen en la introducción; véase p. e.: Klauck, *2. Korintherbrief...* pp. 12-13.

rario del plural en lugar del singular. Pero también podría ser un plural corporativo, en el que estuvieran incluidos quienes, como Silvano y Timoteo, habían colaborado con Pablo en la evangelización de Corinto (2Cor 1,19). Por último, cabe la posibilidad de que este “nosotros” incluya a los corintios en algunos casos, aunque el uso del “vosotros” referido a ellos induce a pensar que no es así.

Un estudio atento del uso de la primera persona del plural en estos capítulos revela que estas tres posibilidades no son excluyentes. En algunos casos el “nosotros” refleja una experiencia personal del mismo Pablo. Más aún, el uso del “yo” en las tres ocasiones antes mencionadas, indica que es él, y no un grupo, quien escribe la carta. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones Pablo habla de una experiencia que también viven otros misioneros de su grupo apostólico y lo hace con la conciencia de que se trata de un ministerio compartido; cuando describe su forma de entender y vivir el ministerio es consciente de que no habla sólo de él, sino de una fraternidad apostólica que entiende y vive el ministerio de la misma forma. Por último, hay algunos casos en los que el “nosotros” incluye también a los destinatarios de la carta, sobre todo cuando se usa la expresión “*todos nosotros*” (5,10) o cuando se alude a convicciones de fe compartidas: “*sabemos...*” (4,14; 5,1).

El uso del “nosotros” en la carta sobre el ministerio apostólico refleja cómo se sitúa el apóstol en relación con quienes comparten la misma tarea y con quienes son destinatarios de ella. En cuanto apóstol, su vivencia es, ante todo, una vivencia compartida; participa de un ministerio que no le pertenece y que comparte con otros, formando con ellos una “fraternidad apostólica”. En cuanto cristiano, comparte con otros creyentes la misma fe y la misma esperanza. A ellos se dirige como apóstol cuando les habla como a un “vosotros”, que se distingue del “nosotros” apostólico. Pero en otras ocasiones los incluye dentro del “nosotros” creyente del que también él forma parte.

La carta se dirige a la comunidad de Corinto, que Pablo mismo había fundado (Hch 18,1-18). Con ella mantuvo una intensa relación personal con motivo de sus visitas (2Cor 12,14) o a través sus cartas (1Cor 5,9) y emisarios (1Cor 4,17). Esta relación ha quedado recogida, en parte, en las dos cartas canónicas a los corintios. A través de ellas se percibe una relación cercana que duró varios años, una relación gozosa y tensa al mismo tiempo, que le proporcionó la ocasión para ejercer en diferentes registros

su ministerio apostólico.⁵ Cuando les escribe la “carta sobre el ministerio apostólico”, la comunidad parece haberse distanciado de él debido al influjo de otros misioneros que han puesto en tela de juicio su autoridad. Pero, ¿Quiénes eran estos adversarios de Pablo? ¿Quiénes eran los que ponían en tela de juicio su condición de apóstol?

De ellos sólo sabemos lo que Pablo dice algunas veces de pasada. Estas breves pinceladas reflejan la visión que él tenía de sus adversarios y permiten relacionar al grupo de los que se oponen a él con un tipo de misión que era característica del judaísmo de la diáspora. Pablo dice que se han presentado a la comunidad con cartas de recomendación (3,1), lo cual da a entender que forman parte de una misión organizada. Les acusa de comerciar con la palabra de Dios (2,17), aludiendo, probablemente, a su práctica de recibir un pago o salario a cambio de su actividad apostólica. También les acusa de poner su confianza en lo exterior y no en lo interior (5,17), mostrando que dan más importancia al aspecto externo y a las cualidades del apóstol que a su vivencia interior. Esta imagen se puede completar con lo que se dice en 2Cor 10-13, pues lo más probable es que los adversarios a los que se refiere Pablo en estos capítulos sean los mismos⁶.

Lo que se percibe en el fondo de esta discusión son dos formas de entender el ministerio apostólico. A lo largo de la lectura de este texto lleno de vitalidad irán apareciendo estas dos formas de entender el ministerio, pero tal vez sea útil hacer ahora, de forma provisional, una caracterización breve de ambas.

Los adversarios de Pablo eran, como él, misioneros. Estos misioneros eran judíos, probablemente de la diáspora, que se habían hecho cristianos. En su actividad misionera seguían las mismas pautas que otros misioneros judíos de la diáspora; se presentaban a sí mismos, al igual que muchos filósofos y predicadores de la época, como intermediarios de la divinidad, una especie de “hombres divinos”, a través de los cuales Dios se manifestaba.

⁵ Para la reconstrucción de los momentos más significativos de esta relación, remitimos de nuevo a: Vidal, *Las cartas originales de Pablo...* pp. 26-31

⁶ El estudio fundamental sobre los adversarios de Pablo en 2Cor es el de D. Georgi, *Die Gegner des Paulus im 2. Korintherbrief. Studien zur religiösen Propaganda in der Spätantike* (Neukirchen-Vluyn: Neukirchener Verlag 1964). Una discusión reciente y sopesada del tema, que recoge las matizaciones que se han hecho en los últimos años a la tesis de Georgi, puede verse en: D. Álvarez Cineira, “Los adversarios paulinos en 2 Corintios” *Estudio Agustiniiano* 37 (2002) 249-274.

Su modelo era Moisés, a quien Dios había comunicado su misma gloria, para hacerse presente, a través de él, en medio de su pueblo. Por eso, también ellos se vanagloriaban de haber vivido experiencias religiosas de carácter extático, que los acreditaban como verdaderos intermediarios entre Dios y su pueblo. Perteneían a una misión organizada, pues podían aducir cartas de recomendación de otras comunidades que los enviaban.

Frente a esta concepción externa de un ministerio bien organizado, Pablo pone en primer plano la debilidad del apóstol. Frente a la comprensión del apóstol como intermediario casi divino, que basa su autoridad y su prestigio en experiencias extraordinarias, Pablo reivindica una forma de vivir el ministerio que se fundamenta en la fuerza de Dios. En el contexto de la cultura helenístico-romana, que tenía como modelo de intermediario con la divinidad a estos “hombres divinos”, la forma en que Pablo entendía y vivía el ministerio resultaba llamativamente innovadora.

3. Lectura cursiva de la carta

Una vez que hemos mostrado la unidad literaria y temática de la “carta sobre el ministerio apostólico” y que hemos identificado las circunstancias en que fue escrita, podemos comenzar a leerla. En esta lectura cursiva tendremos en cuenta la división que hemos propuesto más arriba e iremos registrando los cambios de tema y de tono que señalan el paso de una parte a otra.

Las notas que se ofrecen a continuación no suplen en absoluto la lectura del texto de 2Cor. Esta advertencia no es ociosa, pues la tentación de leer un comentario sin haber leído atentamente el texto bíblico es muy común. Quienes sucumben a ella se ven privados del placer de descubrir por sí mismos detalles antes inadvertidos o de formularse preguntas nuevas, y se pierden la emoción de entrar en contacto directo, sin intermediarios, con los primeros testigos de la fe, en este caso con la primera vivencia conocida del ministerio apostólico. Estas notas tienen sólo la función de servir de guía para dicha lectura, mostrando la lógica del discurso, alertando sobre algunos detalles o mostrando qué hay detrás de algunas afirmaciones, todo lo cual sólo tiene sentido si el texto bíblico se ha leído antes y se vuelve a leer después pausadamente⁷.

⁷ Para no distraer al lector evitaremos en ellas las notas a pie de página. Para quienes deseen profundizar en los aspectos discutidos o hacer un estudio más detallado de la “carta”, ofrecemos

Acción de gracias y enunciado del tema (2,14-17)

La acción de gracias es un elemento común en el comienzo de las cartas paulinas (véase p. e. Flp 1,3-11). Si estos capítulos formaban una carta independiente, antes de ella debían figurar los remitentes y destinatarios, junto con el saludo inicial (véase Flp 1,1-2). Esta acción de gracias y el enunciado del tema introducen todo el desarrollo de la carta.

Para expresar lo que motiva esta acción de gracias, Pablo recurre a la imagen del cortejo con el que los generales solían celebrar sus victorias. En estos cortejos se hacía desfilar a los prisioneros más representativos y se mostraban los trofeos de guerra, mientras se esparcían perfumes que llenaban el ambiente. La vinculación de Pablo a este cortejo puede entenderse de dos formas. Si se entiende en sentido negativo, Pablo se compararía aquí a uno de los cautivos que Cristo victorioso lleva consigo. Pero también cabe entenderla en el sentido positivo, en cuyo caso Pablo formaría parte del séquito del general victorioso. En ambos casos queda claro que es Dios quien le ha introducido en la procesión victoriosa y quien, a través de él, difunde el olor del conocimiento de Cristo. Ya desde el principio declara que su lugar y su papel (su ministerio) en este cortejo victorioso es obra de Dios.

En el v. 15 retoma y amplía la imagen del ministerio como mediación a través de la cual Dios difunde el olor del conocimiento de Cristo y se refiere a sí mismo como "*buen olor de Cristo ofrecido a Dios*". Esta expresión alude a los sacrificios del AT (Lev 1-2: "*aroma que aplaca al Señor*") y sitúa el ministerio en relación con la entrega de Jesús a Dios. Ahora bien, esta condición del apóstol es percibida de forma diversa por los que se salvan y por los que se pierden. Para unos es olor de vida; para otros, olor de muerte. La existencia apostólica se convierte así en ocasión para que el hombre decida su existencia. Al hablar de "*los que se pierden*"

aquí algunas referencias a estudios y comentarios, todos ellos muy fáciles de consultar, pues siguen el orden del texto. El estudio más completo y exhaustivo sobre 2Cor 2,14-7,4 sigue siendo el ya citado de Collange, *Enigmes de la deuxième épître...* Es también muy útil consultar las notas de Vidal, *Las cartas originales...* pp. 221-251. M. Carrez, *La segunda carta a los corintios* (Estella: Verbo Divino 1986) pp. 15-44 ofrece un comentario seguido a estos capítulos bastante accesible. Entre los comentarios a 2Cor, pueden consultarse con fruto el ya citado de Klauck, *2. Korintherbrief...* pp. 32-63; el de: G. Bargaglio, *Le lettere paoline* (Roma: Borla 1980) Vol 1, pp. 606-663. Para la primera parte es muy recomendable el estudio de R. Trevijano, "La idoneidad del apóstol (2Cor 2,14-4,6)", en: Idem, *Estudios paulinos* (Salamanca: Universidad Pontificia 2002) 171-201.

Pablo está pensando, probablemente, en los que rechazan su evangelio (4,3), tal vez sus adversarios y aquellos que les siguen en Corinto, pero en última instancia se refiere a los que han rechazado a Jesús.

Después de la acción de gracias, se enuncia el tema con una pregunta: “*Y para esto ¿quién está capacitado?*” (2,16b). Resuena aquí la acusación principal que los adversarios habían dirigido contra Pablo. Ellos afirmaban que no estaba capacitado, que carecía de credenciales, que ni siquiera merecía un pago por su servicio. Ante estas acusaciones, Pablo se pregunta: ¿Acaso alguien está capacitado para ejercer este ministerio?

Planteada la pregunta, establece una distinción fundamental entre él y sus adversarios. Les acusa de traficar con la palabra de Dios, evocando así una organización misionera que necesitaba recabar de las comunidades ayuda material. Pablo mismo tuvo que recurrir a esta ayuda en alguna ocasión (Flp 4,10-20), pero aquí se confiesa libre de las ataduras que creaba ese tipo de organización misionera, lo cual le permitía hablar con sinceridad, porque sólo tenía que dar cuentas a Dios.

Tanto en la acción de gracias, como en el enunciado del tema, su forma de entender el ministerio se presenta en un contexto muy polémico. Quiere ir cuanto antes al grano y rebatir las acusaciones que han vertido contra él. Pero, al igual que ocurre en otros pasajes de sus cartas, también aquí Pablo se eleva por encima de la circunstancia concreta que ha provocado su reacción y nos ofrece una reflexión de calado, nacida de su propia experiencia y pensada delante de Dios.

Dios es quien capacita para este ministerio (3,1-6)

Después de enunciar el tema, Pablo aborda directamente algunas de las acusaciones concretas de sus adversarios. La respuesta a la primera de ellas (carecer de cartas de recomendación) le lleva a explicar con más detalle quién le ha capacitado para ejercer el ministerio. Esta respuesta se encuentra en 3,1-3 y la explicación en 3,4-6; tanto una como otra forman parte del primer argumento con el que Pablo responde no sólo a sus adversarios, sino también a la pregunta de fondo que plantea su acusación: ¿Acaso alguien está capacitado para este ministerio?

Sus adversarios le han acusado de no poder aducir “*cartas de recomendación*” y, por tanto, de “*recomendarse a sí mismo*”. El uso de estas cartas de recomendación era frecuente en los contactos entre las comunidades judías de la diáspora y había sido adoptado por los misioneros

judeo-cristianos a los que Pablo se enfrenta. Pablo escribió alguna carta de este tipo, como la que dirigió a Filemón para recomendar a Onésimo, pero no era ésta su forma de proceder a la hora de presentar sus credenciales ante una comunidad. Él no necesitaba estas cartas, porque las comunidades con las que trataba habían sido fundadas por él, y cuando se disponía a visitar la comunidad de Roma, que no había fundado, era ya tan conocido que pudo permitirse escribirles él mismo anticipando su visita, pero no una breve carta de recomendación, sino una mucho más extensa presentando el evangelio que predicaba (Rom 1,13-17).

Pablo rebate la doble acusación que han lanzado contra él. Niega, en primer lugar, que él se recomiende a sí mismo y explica, a continuación, que su carta de presentación son los mismos corintios. No está claro dónde se haya escrita esta carta, pues la tradición textual permite dos lecturas: "*en vuestro corazón*" (de los corintios); y "*en nuestro corazón*" (del apóstol). Pero este es un detalle secundario. La afirmación central es que los corintios son una carta escrita por Cristo a través de ministerio de Pablo. Se utiliza aquí el verbo "servir", anticipando así la caracterización del ministerio como servicio, que encontraremos más adelante. Quien ha escrito la carta es Cristo, aunque lo ha hecho sirviéndose de Pablo. Su tarea se describe con un participio pasivo genérico, que permitiría identificarle como el amanuense o incluso el portador de la carta, pero en cualquier caso queda claro que quien la ha escrito ha sido Cristo.

La mención de una carta escrita por Cristo propicia una comparación que encamina el discurso hacia otro de los títulos que los misioneros adversarios aducían en su favor: su relación con Moisés. Pablo retomará más tarde este argumento. Ahora le basta con subrayar que se trata de una carta escrita "*no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo*" y que, a diferencia de la carta magna de la antigua alianza, esta nueva carta ha sido escrita "*no en losas de piedra, sino en las losas de un corazón de carne*". Esta caracterización evoca la nueva alianza de la que hablan Jeremías (Jr 31,33) y Ezequiel (Ez 11,19; 36,26). También sobre esta contraposición entre la antigua alianza y la nueva volverá Pablo en seguida para poner de manifiesto la novedad de su ministerio.

La respuesta a los adversarios concluye con una declaración explícita acerca de su capacitación como apóstol (3,4-6). Pablo expresa así una convicción profunda basada en la confianza que ha puesto en Dios a través de Cristo: su capacitación no le viene del respaldo de otros ni de sus

propios méritos, sino que procede de Dios. El verbo que emplea puede entenderse en el sentido de “*apuntarse algo*” o en el de “*considerar algo*”, pero el significado de la frase es claro: su capacitación como apóstol es cosa de Dios. Aquí Pablo retoma la terminología que había utilizado en el enunciado del tema y va al fondo de la cuestión, respondiendo de forma tajante a la pregunta que allí se hacía: la capacitación del apóstol no puede proceder de uno mismo ni de otros (cartas de presentación), sino de Dios.

Aclarado este punto, retoma la alusión a la nueva alianza y se declara a sí mismo “*servidor de la nueva alianza*”. Esta expresión está preñada de sentido y de novedad. En ella caracteriza su ministerio como un servicio, evocando la imagen de la carta escrita a través de él en el corazón de los corintios. Su ministerio no le pertenece, sino que está al servicio de los planes de otro. Ese otro es Dios y sus planes consisten en establecer una nueva alianza. No valen, por tanto, los esquemas de la antigua alianza, en la que Dios utilizaba formas de mediación que habían llegado a institucionalizarse (sacerdote o profeta). Por eso Pablo no se refiere a su ministerio con el vocabulario de la mediación religiosa, sino que utiliza un vocabulario profano que expresa mejor su lugar y su tarea en esta nueva alianza.

Al mencionar la nueva alianza, a la que se había referido veladamente en 3,3 (“*escrita en el corazón*”), siente la necesidad de aclarar que se diferencia radicalmente de la antigua, y lo hace estableciendo una contraposición entre la letra y el espíritu. El espíritu es, muy probablemente, el “*Espíritu de Dios*” mencionado en 3,3, y la letra, los mandamientos escritos en la losa de piedra. La contraposición es muy polémica y llama la atención que Pablo ataque de forma tan frontal la antigua alianza, afirmando incluso que produce la muerte. Este tono polémico y esta dura actitud frente a la antigua alianza son, probablemente, una respuesta a la reivindicación de los misioneros adversarios, que fundaban su autoridad en Moisés. Ello explica también la reflexión que viene a continuación, en la que aparentemente, pero sólo aparentemente, se rompe el hilo del discurso.

Ministros de una nueva alianza (3,7-18)

En este pasaje Pablo explica en qué consiste el ministerio de la nueva alianza, contraponiéndolo a otra forma de entender el ministerio. Para comprender sus argumentos es imprescindible recuperar, en la medida que podamos, la situación vital que era bien conocida para él y sus destinatarios. Sólo así podremos percibir la conexión entre los argumentos aducidos y la sorprendente referencia a Moisés.

Conviene recordar aquí lo que dijimos en la ambientación acerca de los misioneros judeo-cristianos y su forma de concebir el ministerio. Su modelo era Moisés, a quien Dios había constituido en intermediario suyo y acreditado ante el pueblo, haciéndole partícipe de una gloria que se manifestaba externamente en su rostro. Esta representación de Moisés encajaba bien con el modelo del "hombre divino", que gozaba de tanta estima en el mundo helenístico-romano. Sus adversarios acusan a Pablo de carecer de esta gloria, de no poder avalar su ministerio con estas experiencias extraordinarias de las que ellos hacían gala, de no poseer los signos externos que le acrediten como intermediario de Dios. Tal vez se mofaban de él diciendo que su rostro estaba todavía cubierto por un velo como el de Moisés y que por eso no se podía ver su gloria.

A tales acusaciones parece responder Pablo en estos párrafos. Primero aborda la de carecer de "*doxa*" (3,7-12). Este término se suele traducir por "gloria", pero significa también prestigio, honor, reputación... Es una palabra del lenguaje del honor, que era el valor central de la cultura mediterránea antigua. Pablo reconoce el honor que corresponde a la antigua alianza, pero declara que es mucho mayor el de la nueva: si la antigua, que era caduca, tenía tal honor, cuánto más tendrá la nueva, llamada a perdurar (3,12). Sobre este argumento se fundamenta la valoración del ministerio que está al servicio de la nueva alianza. Es descrito como "*servicio del Espíritu*" en contraposición al "*servicio de muerte*" de la antigua alianza; y como "*servicio de justificación-salvación*" en contraposición al "*servicio de condenación*". Coherente con la caracterización del ministerio como "servicio" explica aquí, en tono muy polémico, pero al mismo tiempo muy elocuente, cómo lo concibe: está al servicio del Espíritu de Dios, al servicio de la salvación. De ahí le viene su gloria y su honor, y no de supuestas experiencias extáticas o de manifestaciones externas.

Esta comprensión del ministerio es la que justifica la forma de actuar de Pablo. No es cierto que su rostro esté velado, como dicen sus adversarios (3,12-13), pues tanto él como los demás ministros de la nueva alianza actúan con "*parresía*", es decir, con franqueza, directamente, sin tapujos. Quienes sí tienen el rostro velado son sus adversarios, porque no se han dado cuenta de que Cristo ha suprimido el velo que cubría las Escrituras. Ellos siguen leyendo a Moisés sin reconocer la novedad de Cristo. Pablo señala el endurecimiento del corazón como la causa que les impide reconocer a Cristo y descorrer el velo.

Para quitarse ese velo es necesario volverse hacia el Señor como hacía Moisés (Ex 34,34), lo cual equivale a volverse hacia el Espíritu. Por eso Pablo comenta “*El Señor es el Espíritu*” (3,17a). En esta frase el título “*Señor*” no se refiere a Jesús, sino a Dios. Es una breve nota exegética a la cita de Ex 34,34, que reinterpreta la escena de Moisés en el Sinaí actualizándola: para quitarse el velo que impide ver la novedad de la nueva alianza y reconocer su gloria hay que volverse hacia el Espíritu. Entonces se entra en el reino de la libertad, que justifica la *parresía* con que Pablo y sus colaboradores actúan. Ellos no tienen el rostro cubierto, sino que, habiéndose vuelto hacia el Espíritu, reflejan como en un espejo la gloria de Dios y se van transformando, gracias a su acción, en imagen suya. Aquí Pablo vuelve sobre algunos aspectos que eran objeto de polémica. Los ministros de la nueva alianza no reflejan su propia gloria, nacida de sus propias cualidades o experiencias, sino la de Dios: son como un espejo. Pero, al mismo tiempo, esta exposición constante a la gloria de Dios hace que se vayan transformando en imagen suya “*de gloria en gloria*”, es decir, como resultado de un proceso. Los ministros de la nueva alianza no lo son por una acreditación externa que los constituye en tales, sino por una transformación interior, que se va dando poco a poco cuando, con la cara descubierta, se exponen a la gloria de Dios. Sólo así pueden convertirse en imagen suya y configurarse con Él.

Anunciar a Jesucristo (4,1-6)

Una vez aclarado el papel de Moisés como modelo apostólico, Pablo retoma el discurso iniciado en 3,1-6. A pesar de las críticas y acusaciones vertidas contra él por sus adversarios, la conciencia de haber recibido el ministerio como un don de la misericordia de Dios hace que no se desanime ni sucumba a la tentación de actuar movido por la vergüenza de carecer de credenciales. Todo lo contrario, su actuación y su palabra son manifestación de la verdad. Es probable que la acusación de no ser “*manifestación de la verdad*” fuera recíproca, y que por eso Pablo afirme que a través de su ministerio se da dicha manifestación. Convencido de ello, se recomienda a sí mismo, pero no con títulos o credenciales como las que presentaban sus adversarios, sino invitando a examinar su actuación delante de Dios.

La referencia a la manifestación de la verdad evoca en él la acusación de que su “*evangelio está velado*” o “*cubierto por un velo*”. Ya antes había

respondido a una acusación parecida diciendo que quienes tienen el rostro cubierto por un velo son sus adversarios, incapaces de volverse hacia el Espíritu. Ahora responde con argumentos similares. Su evangelio está velado sólo para aquellos a quienes el "*dios de este mundo*" (Satán) ha cegado para que no puedan contemplar la gloria de Cristo, que es imagen de Dios. Estos son "*los que se pierden*", una expresión que evoca y explicita la alusión en la acción de gracias a aquellos para los que el apóstol es "*olor de muerte*" (2,16a). Ahora se aclara que "*no creen*" y, por tanto, no han recibido la iluminación del evangelio de Cristo. El ministerio del apóstol no es un ministerio de condenación, pero su vida y su predicación obligan a quienes lo ven y lo oyen a tomar una decisión radical acerca de sus vidas: pueden volverse hacia el Espíritu y recibir la iluminación del evangelio; o pueden cerrarse sobre sí mismos y permanecer ciegos.

La argumentación en defensa de su apostolado concluye con una declaración abierta acerca de la naturaleza y la tarea de los ministros de la nueva alianza: ellos no se anuncian a sí mismos, sino a Jesucristo; y su intención no es aprovecharse de quienes escuchan su anuncio, sino hacerse esclavos suyos "*por causa de Jesús*". En esta definición del ministerio apostólico se utiliza un nuevo término. Hasta aquí Pablo ha utilizado, ante todo, el término "servidor" y se ha presentado como "*servidor de la nueva alianza*", pero ahora, cuando contempla su misión desde el punto de vista de los destinatarios, especifica que ese servicio consiste en hacerse "esclavo" de ellos. Tal condición no brota de una actitud voluntarista, sino de la experiencia profunda de haber sido iluminado con "*el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo*". La alusión al relato de la creación que introduce esta afirmación (Gén 1,3) podría sugerir que Pablo concibe el ministerio apostólico como una nueva creación, pero el hilo del discurso sugiere, más bien, que su intención es mostrar cómo el poder de Dios, no los títulos externos, es lo que capacita al ministro y le constituye en "*esclavo*" de la comunidad. Su ministerio es obra de Dios, don de Dios por mediación de Jesucristo a través de la acción del Espíritu. Este título y sólo él es el que le acredita como tal.

Un tesoro en vasijas de barro (4,7-15)

En 4,7 cesa el tono polémico que domina la primera parte del discurso y comienza la segunda, de tono más reflexivo. Aunque lo que provoca la reflexión es probablemente una de las acusaciones vertidas contra Pablo,

los adversarios y sus argumentos pasan ahora a un segundo plano y desaparece el tono apologético. La atención se centra en el hecho en sí y en su significado profundo. La acusación de carecer de una apariencia “gloriosa” le lleva a reflexionar sobre la debilidad de la existencia apostólica, sobre el deterioro corporal como vivencia pascual y sobre la esperanza que sostiene al apóstol en todas sus tribulaciones.

El tema se enuncia con una frase lapidaria: “*este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros*” (4,7). ¿De qué tesoro se trata? Los versículos precedentes, que dan contexto a esta frase, indican que dicho tesoro es el evangelio, el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado (4,3-6), pero por extensión puede referirse al ministerio, es decir, al encargo de anunciar esta buena noticia. En los vv. 8-9 esta afirmación se ilustra con una serie de antítesis inspiradas, en parte, en experiencias vividas por el mismo Pablo y en otras que reflejan las del justo sufriente descritas en algunos salmos. Estos sufrimientos, que expresan la debilidad extrema de la existencia apostólica, tienen, sin embargo, un sentido cuando se contemplan a la luz del mensaje que los provoca (4,10-12). El apóstol debe encarnar en su propia vida el mensaje que anuncia, pues no hay verdadero anuncio sin esta identificación existencial. Las tribulaciones que padece hacen presente en su cuerpo la muerte de Jesús, para que a través de ella pueda manifestarse la vida de Jesús. Su experiencia de debilidad y la adversidad de que es objeto (también debido a las tribulaciones que le proporcionan sus adversarios) hacen de él una predicación viviente. Para que los corintios puedan alcanzar la vida, Pablo y sus colaboradores han tenido que experimentar la muerte (4,12). Conmueve la radicalidad y contundencia de estos párrafos expresada a través de los adverbios: “*en toda circunstancia... en todo momento... siempre*” (4,8. 10. 11).

Esta experiencia de muerte que atraviesa la vida del apóstol sólo se puede entender y vivir desde la fe. Por eso, en el párrafo siguiente (4,13-15), Pablo sitúa todo lo que acaba de decir en un horizonte de fe. Habla movido por la fe, pero no por una fe difusa, sino por una fe basada en la certeza de que “*el Dios que ha resucitado a Jesús, también nos resucitará a nosotros*” (4,14). Esta afirmación recoge, muy probablemente, una fórmula de fe tradicional. La introducción de la misma con el participio plural masculino “*sabiendo (nosotros)*” alude a una convicción compartida por los corintios. Pero Pablo añade: “*y nos hará comparecer delante de él junto con vos-*

otros", mostrando así que la configuración con Jesús, que deja en el cuerpo del apóstol las marcas de su muerte, tiene como finalidad comunicar la vida de Dios a los corintios y hacerles partícipes de la acción de gracias a su gloria, que es el objetivo último de la predicación apostólica (4,12).

Caminamos a la luz de la fe (4,16-5,10)

La evocación de las tribulaciones provocadas por el anuncio del evangelio provoca en Pablo una reflexión sobre el deterioro de su propio cuerpo y sobre la esperanza que permite vivir esta experiencia desde la fe. Aunque en estos versículos no se menciona el ministerio apostólico, conviene no olvidar que quien habla es un apóstol cuyo cuerpo está marcado por la muerte de Jesús a causa del evangelio.

La convicción de estar destinado a participar en la resurrección de Jesucristo le ayuda a comprender los sufrimientos presentes sin desanimarse. Los vv. 16-18 se presentan como una consecuencia de las afirmaciones anteriores: "*por eso no nos desanimamos*" (4,16). Desde esta convicción de fe, el apóstol (y el creyente) puede percibir que el deterioro exterior va acompañado de una renovación interior y puede comprender que las tribulaciones actuales son poca cosa cuando se comparan con la gloria eterna a la que conducen. Es una contemplación de la vivencia antes descrita desde la fe, una contemplación que sitúa al apóstol ante la búsqueda que le guía: "*lo invisible de sí mismo*", el misterio profundo que experimenta en sí. El apóstol, como todo creyente, camina a la luz de la fe, convencido de que lo más duradero no es lo que ve, sino lo que no ve. Pablo aplica esta afirmación general a su propia experiencia de deterioro corporal a causa del evangelio, comprendiendo así que tal situación no es sino el prelude de una existencia más plena y duradera.

En los versículos siguientes (5,1-10) se habla sobre la existencia resucitada del apóstol (y del cristiano), un tema que Pablo ya había abordado en 1Tes 5 y 1Cor 15. Aquí, sin embargo, se arriesga a concretar más, porque no está respondiendo a cuestiones que le han planteado las comunidades, sino abriendo su corazón para expresar la esperanza que le sostiene. El comienzo de esta "confesión de esperanza" indica que va a dar una explicación más detallada de lo que ha afirmado en los versículos precedentes sobre "*lo que no se ve de nosotros*". Comienza remitiéndose, una vez más, a una convicción de fe compartida con los corintios ("*sabemos*"). La afirmación que sigue compara dos casas: una terrena, que es transito-

ria como una tienda; y otra celeste no hecha con manos humanas, que es permanente (5,1). El sentido de esta afirmación no es claro y, de hecho, se ha interpretado de diversas formas. La más común ve en la imagen de las dos casas una referencia al cuerpo del apóstol (y del creyente) antes y después de la muerte. Sin embargo, observando las semejanzas verbales entre este versículo y el dicho de Jesús sobre el templo: “*Yo destruiré este templo hecho con manos humanas y al cabo de tres días edificaré otro no hecho con manos humanas*” (Mc 14,58), cabría pensar que Pablo lo está evocando aquí. El anuncio profético de este enigmático dicho fue interpretado por los primeros cristianos de dos formas. Una de ellas vio en el nuevo templo anunciado por Jesús una referencia a la comunidad cristiana (1Cor 3,16-17; 2Cor 6,16; 1Pe 2,4-5. 6-7; Ef 2,20-21), mientras que otra interpretó este mismo anuncio como una alusión al cuerpo resucitado de Jesús (Jn 2,18-22). Según esta segunda interpretación de tipo cristológico, que es la que parece estar detrás de las palabras de Pablo, la nueva morada no hecha con manos humanas sería el mismo Cristo.

Esta interpretación ayuda a entender el sentido de lo que sigue diciendo en los vv. 2-5. En ellos, en efecto, la metáfora de la casa-edificación se funde con la del vestido, hasta el punto de utilizar la expresión “*ser revestido con la morada del cielo*” (5,2). Ahora bien, la imagen del revestimiento es utilizada por Pablo en otros lugares de sus cartas para referirse a la participación en la vida-resurrección de Cristo (Rom 13,14; Gál 3,27), de modo que ambas imágenes parecen referirse a una misma realidad: la participación en la nueva vida de Cristo resucitado. Pablo desea ser revestido de esta nueva condición antes de morir para que la vida absorba lo mortal, y confiesa que todo esto es don de Dios y que su esperanza se fundamenta en la experiencia de haber recibido el Espíritu, que es como un “*anticipo*” de lo que esperamos recibir cuando seamos revestidos de Cristo.

Tal “confesión de esperanza”, que es al mismo tiempo una “confesión de fe” capacita al apóstol para aguantar con firmeza en medio de la debilidad corporal y las tribulaciones (5,6-10). Aunque para él sería mucho mejor ser desvestido del cuerpo y quedar revestido del Señor, lo verdaderamente importante es “*serle grato*”, sabiendo que un día tendrá que comparecer ante el trono de Dios para dar cuentas de lo que haya hecho “*por medio del propio cuerpo*”. Con esta nueva mención del cuerpo concluye la reflexión sobre la existencia corporal del apóstol, que había comenzado en 4,7. Es una reflexión iluminada por el misterio pascual, que le ayuda

a entender el significado profundo de su debilidad actual y a situarla en el horizonte de la esperanza cristiana.

Ponemos la confianza en lo interior (5,11-17)

El discurso cambia de tono otra vez en este punto. De la reflexión, que se ha ido haciendo cada vez más intimista y personal, pasamos ahora a una exposición que tiene más presentes a los destinatarios. El problema de Pablo no es dar cuentas a Dios, sino justificar su ministerio delante de los hombres. Él conoce el "*temor de Dios*" y su situación es manifiesta delante de Él (5,11). Por eso, en este nuevo desarrollo de su defensa va a exponer sus motivaciones ante sus destinatarios.

Comienza expresando el deseo de que sus intenciones sean tan manifiestas para ellos como lo son para Dios; espera que hayan comprendido la profundidad de la que brota su vivencia del ministerio y la forma en que él experimenta la debilidad corporal y las tribulaciones que éste le acarrea. No pretende justificarse delante de ellos frente a las acusaciones de sus adversarios, sino darles un motivo de orgullo para que puedan responder a quienes ponen su confianza en las apariencias ("*en el rostro*") y no en lo interior ("*en el corazón*"). En la tradición bíblica, el corazón no es primariamente el centro de los sentimientos, sino de las decisiones y motivaciones más profundas que determinan la vida del hombre. Esta contraposición entre las apariencias y lo interior recuerda la enseñanza de Jesús acerca de lo que entra en el hombre y lo que sale de él a propósito de una discusión con los fariseos (Mc 7,17-23). En ambos casos se insiste en la importancia de la vivencia interior y en las motivaciones profundas.

Por eso, en 5,14-15 expone la motivación radical de su actuación como apóstol. Lo que le ha movido no es un deseo de gloria o de realización personal, sino "*el amor de Cristo*" manifestado en su entrega por nosotros. En la celebración de la Eucaristía las comunidades paulinas recordaban las palabras de Jesús sobre el pan: "*esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*" (1Cor 11,24). Pablo comenta: si ha muerto por todos, es que todos han muerto (Rom 6,6); pero han muerto para entrar en una nueva vida, en la que ya no viven para sí mismos, sino "*para aquel que murió y resucitó por ellos*". Esta es la nueva vida "*en Cristo*", de la que Pablo habla tantas veces en sus cartas. Sólo en esta nueva forma de existencia puede entenderse la vida apostólica (y creyente).

El párrafo siguiente (5,16-17) explicita dos consecuencias de esta confesión acerca de su motivación radical. La primera es que ya no "*conoce*

a nadie según la carne”; ni siquiera a Jesucristo, a quien en otro tiempo conoció así. En el lenguaje bíblico “conocer a alguien” implica una percepción que determina la actitud que se tiene hacia él. Después de haber pasado a la nueva vida “*en Cristo*” no se puede valorar a los otros con criterios mundanos, sino desde el amor de Dios manifestado en Él. La segunda consecuencia es que, para aquellos que viven “*en Cristo*” lo viejo ha pasado y ha comenzado una nueva creación. En ambas conclusiones hay una invitación velada a los corintios para que se aparten de los misioneros judeo-cristianos que ponen su confianza en lo exterior. Los corintios son criaturas nuevas y deben dejar atrás lo viejo. De esta forma, Pablo introduce la invitación a reconciliarse con Dios (y con él), que viene a continuación.

Ministros de la reconciliación (5,18-6,2)

Expuesta la motivación profunda que determina la forma de entender y vivir su ministerio, Pablo expone ahora cuál es la tarea que Dios le ha asignado. La motivación que le impulsa no es otra que la obra de la redención realizada por Dios en Cristo. Participar en ella es lo que le ha transformado y lo que determina su existencia apostólica; hacer que otros lleguen a participar en ella, el encargo que ha recibido.

La lógica del pensamiento de Pablo parece ser ésta. La nueva creación inaugurada por Cristo es obra de Dios. Dios es también quien le ha incorporado a él y quien incorpora a los que creen a esta nueva creación. Esta incorporación a la nueva creación se describe en términos de “reconciliación”. La “reconciliación” de todo el universo con Dios ha tenido lugar a través de la entrega de Cristo, gracias al asombroso intercambio entre pecado y justicia-salvación que se ha dado en ella: el que no conocía el pecado se “*ha hecho pecado*”, para que nosotros nos convirtamos en justicia-salvación de Dios en Él. Reconciliación es, por tanto, la palabra clave que describe la obra de Dios, la meta de la vida cristiana y la tarea del apóstol.

Esta lógica, que nos adentra en el misterio central de la fe cristiana, es el marco para entender la comprensión paulina del ministerio, descrito aquí como “*servicio de la reconciliación*” (5,18). Pablo retoma ahora una terminología que ha utilizado para hablar del ministerio en la primera parte de la carta. Allí, en efecto, hablaba de sí mismo como “*servidor de la nueva alianza*” (3,6) y de su ministerio como un “*servicio del Espíritu*”

(3,8) o un "servicio de la justificación" (3,9). Permanece la condición radical del ministerio como un servicio, es decir, como una tarea que se ejerce bajo las órdenes de otro para llevar a cabo sus planes. Pero ahora, después de la larga reflexión sobre el enraizamiento pascual de la vida del apóstol (y del creyente), lo describe identificando una tarea precisa: propiciar la reconciliación con Dios.

Pablo se entiende a sí mismo como mediador en este proceso, según un esquema cultural que sus destinatarios conocían muy bien. La tarea del mediador debe comprenderse en el marco de las relaciones de patronazgo, que regían en el mundo antiguo la mayor parte de las interacciones que se daban fuera del grupo familiar. Cuando un patrón era muy poderoso y no podía hacer llegar sus beneficios a todos sus clientes directamente, se servía de intermediarios. Estos intermediarios les dispensaban los beneficios del patrón y cuando trataban con ellos era como si trataran con él. Pablo se entiende a sí mismo como intermediario de Dios cuando recuerda a los corintios que, al exhortarles él a que se dejen reconciliar, "*es como si Dios mismo les exhortara*". Esta forma de concebir el ministerio cuestiona indirectamente la pretensión de sus adversarios de ser ellos los intermediarios de Dios, una pretensión fundada en lo exterior, en sus experiencias extáticas y sus cartas de presentación, y no en lo interior, es decir, en la experiencia de haber sido incorporados por Dios a una nueva creación.

La exhortación a la reconciliación se repite al final de forma solemne y con nuevos argumentos que la refuerzan (6,1-2). Pablo exhorta a los corintios no a título propio, sino como "*colaborador*" de Dios; y refuerza su exhortación a no echar en saco roto su gracia con una cita de la Escritura que expresa la novedad del tiempo en que viven: "*ahora es el tiempo propicio, ahora es el día de la salvación*". Aquí podría haber terminado su exposición, y de hecho la conexión de 6,1-2 con lo que sigue no es muy clara. La exhortación a dejarse reconciliar con Dios podría haber concluido con unas palabras más cercanas como las de 6,11-13. Sin embargo, en la copia de la carta dirigida a los corintios (un término utilizado sólo en 6,11), quiso añadir todavía una nota sobre su forma de vivir este servicio.

A nadie damos motivo de escándalo (6,3-10)

Este párrafo final contiene una especie de "breviario de la vida apostólica" (6,4b-10), introducido por una motivación que le sirve de marco (6,3-4a). La preocupación del apóstol es que su forma de vivir el ministe-

rio no sea motivo de “*tropiezo*” para que éste no quede desacreditado. Por ello, en todo momento quiere aparecer ante los demás como “servidor” de Dios. Y para probar que lo es, enumera una serie de actitudes y situaciones que sirven para caracterizar el ministerio tal como él lo entiende y lo vive. La motivación es claramente paulina y tiene relación con la presentación del ministerio en los capítulos precedentes como un servicio. La enumeración, sin embargo, no sólo carece de una conexión clara con lo que precede (tal vez algo más con la reflexión sobre la debilidad de su existencia corporal), sino que es una composición mucho más elaborada desde el punto de vista literario que el resto de la carta.

Esta última observación ha hecho pensar a algunos que Pablo ha reelaborado aquí un catálogo de pruebas y dificultades ya existente. Estos catálogos de *peristaseis* eran comunes entre los estoicos, y no sería extraño que se hubiera apropiado de uno de ellos para aplicarlo a sus propias circunstancias. El catálogo comienza con una enumeración de las pruebas, ordenadas en tres grupos de tres (6,4b-5); siguen cuatro pares de virtudes (6,6-7a), luego vienen tres instrumentos de acción organizados en pares (6,7b-8a); y, finalmente, siete miembros antitéticos, que describen las tribulaciones del apóstol (6,8b-10).

Es razonable pensar que una construcción literaria tan cuidada como esta difícilmente podría haber salido de un tirón de la pluma de Pablo, y por ello se especula con la posibilidad de que haya adaptado un catálogo ya existente. Sin embargo, esto no significa que el contenido de la enumeración sea ajeno a su experiencia. Todo lo contrario. En él no sólo resuenan algunas de las acusaciones que ha rebatido en la carta, sino circunstancias concretas de su vida que nos son conocidas por lo que él mismo dice en sus otras cartas y por lo que cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles. Es posible que tomara prestada la forma, pero el contenido es, muy probablemente, un reflejo de su vida apostólica y, en consecuencia, una referencia para quienes han recibido de Dios un ministerio como el suyo.

Ensanchad vuestro corazón (6,11-13)

La exhortación a “*dejarse reconciliar con Dios*” con que concluía la argumentación principal de la carta (5,21-6,2), pasa por aceptar la mediación a través de la cual ésta se lleva a cabo y, en consecuencia, lleva implícita la reconciliación con aquellos que Dios ha constituido “*servidores de*

la reconciliación”. Pablo podría haber argumentado de esta forma al concluir su exhortación, pero eligió el camino de una invitación más personal y cariñosa. La carta termina, en efecto, con una invitación cálida y cercana (“*como a hijos*”) a responder a su gesto de amor y transparencia. Pablo les ha abierto el corazón. No tiene nada en contra de ellos. Por eso les pide que ellos también le abran su corazón.

No sabemos con certeza qué efecto tuvo en los corintios la carta y este último requerimiento para que le abrieran su corazón. En la hipótesis de que 2Cor haya sido compuesta a partir de varias cartas, 2Cor 10-13 sería, muy probablemente, posterior a 2,14-6,13. Entre ambas habría mediado una penosa visita de Pablo a Corinto en la que no fue bien recibido e incluso llegó a ser gravemente ofendido por algún miembro de la comunidad (2,5-11). Su respuesta a esta situación habría sido escribir una carta “*con muchas lágrimas*” (2,4), probablemente 2Cor 10-13. Esta segunda carta, más firme y contundente que la primera habría hecho reaccionar a los corintios. En 7,5-16 él mismo da cuenta de esta respuesta positiva y de la alegría que le produjeron las noticias de Tito sobre el cambio de actitud de los corintios. Tanto si este último pasaje formaba parte de una carta posterior, como si no, podemos percibir a través de él que el desenlace final de la tribulación vivida por Pablo a causa del ministerio fue positivo.

4. Siete reflexiones a propósito de la “carta”

La lectura de este testimonio de Pablo sobre su vivencia concreta del ministerio apostólico puede llevarnos a una reflexión sobre el ministerio hoy; sobre nuestra forma de entenderlo y de vivirlo. Aunque entre nosotros y Pablo existe una enorme distancia temporal, entre nuestra vivencia y la suya hay una gran cercanía vivencial. Vivimos, en efecto, situaciones parecidas y su testimonio puede ayudarnos, no sólo a repensar nuestro ministerio, sino también a valorarlo más y a identificarnos afectivamente con él. Ofrecemos aquí algunas pistas que pueden y deben ser completadas con las sugerencias y observaciones nacidas de la lectura de este texto en diálogo con la experiencia actual del ministerio.

1. En la carta y en su trasfondo vital se perciben dos formas de comprender y vivir el ministerio. Los adversarios de Pablo se entendían a sí mismos también como ministros de Dios. Es posible, incluso, que pertenecieran a un grupo muy influyente en la diáspora cristiana de lengua

griega. Aunque la descripción que hemos hecho de su forma de entender y vivir el ministerio es muy fragmentaria y se basa en indicios indirectos, puede ser útil para identificar algunos rasgos de nuestra vivencia y comprensión del ministerio que cabría revisar a la luz de las reflexiones de Pablo. En ellas aparecen resaltados dos aspectos. El primero se refiere a la fundamentación-legitimación del ministerio, que Pablo remite en todo momento a Dios. Esto no significa que la mediación eclesial a través de la cual recibimos el ministerio carezca de sentido, sino que su sentido reside, precisamente, en remitir a Dios como fundamento originario y siempre presente del ministerio. El segundo es lo que podríamos llamar una “vivencia externa” del ministerio, a la que Pablo contrapone una vivencia interior. Lo que constituye al ministro no son sus cualidades ni las experiencias que pueda aducir, sino su unión íntima con Dios.

2. En la argumentación de Pablo se percibe claramente que su ministerio había sido cuestionado. Este es también un aspecto de gran actualidad. En el caso de Pablo y sus colaboradores, la oposición venía de otros misioneros cristianos. Hoy puede venir de otros frentes. En España, por ejemplo, la figura del sacerdote se ha devaluado rápidamente, como muestran algunas encuestas de los últimos años, que han visto descender rápidamente la figura del sacerdote hasta los últimos puestos en la estima de los jóvenes. En otros contextos la oposición al ministerio viene de la ejemplar adhesión de muchos sacerdotes a la causa de la justicia y de la defensa de los pobres. La vivencia radical del ministerio siempre suscitará oposición y por eso no es infrecuente que tenga que ser vivido en un clima de contestación. Estas situaciones han de ser siempre una ocasión para reflexionar acerca de nuestra forma de entender y vivir el ministerio, porque tal reflexión, realizada a partir de la vida, nos llevará, como a Pablo, a comprender su sentido más profundo. En muchas ocasiones esta reflexión será también ocasión propicia para revisar, resituar, y redefinir nuestro ministerio, un momento de gracia que traerá como fruto el descubrimiento de su realidad interior y provocará la conversión.

3. El ejemplo de Pablo en situaciones como estas es también instructivo. Aunque las acusaciones vertidas contra él y su ministerio podrían haber hecho que la obra de toda una vida se desvaneciera, y a pesar de los muchos sufrimientos que todo ello le acarrea, él no se desanima, sino que renueva su confianza en Dios. Toda la carta sobre el ministerio apostólico está atravesada por un clima de confianza que se hace explícito en algu-

nas declaraciones en las que expresamente confiesa que no se deja vencer por el desánimo (3,4; 4,1. 16; 5,6. 8). Este ejemplo de Pablo puede servirnos como referencia a la hora de afrontar situaciones, como la falta de vocaciones o el empobrecimiento progresivo de nuestras comunidades, que podrían sembrar el desánimo entre nosotros. Ante una situación que también le invitaba al desánimo, Pablo encontró fuerzas yendo a las raíces, afianzándose en las convicciones profundas, comprendiendo su ministerio en términos de "servicio" a los planes de otro, con absoluta gratitud, sin voluntarismos paralizantes.

4. También resulta iluminadora la reflexión que Pablo hace acerca de su propia condición corporal. En algunos países la media de edad de los sacerdotes está creciendo constantemente y esta situación les lleva a hacerse más conscientes de su deterioro corporal. En otros casos es una vida entregada la que va dejando en el propio cuerpo las señales inconfundibles del desgaste. La reflexión de Pablo sobre la corporeidad como lugar de manifestación pascual, como espacio donde se hace presente y visible la muerte de Jesús y su resurrección puede ayudarnos a afrontar estas experiencias de fragilidad desde la profundidad de la fe. El deterioro corporal de los ministros del evangelio es cosa de toda la comunidad y a ella, en última instancia, le corresponde iluminarla desde la experiencia de la pascua.

5. La debilidad no sólo se experimenta en el deterioro corporal, sino también en el ámbito de la fecundidad pastoral, que es siempre una fuente de gozo para el ministro del evangelio y la fuente de su vivencia espiritual (caridad pastoral). Pablo se encuentra de pronto con una comunidad que le ha vuelto la espalda, cautivada por otros guías, y esto le produce un intenso sufrimiento. Sin embargo, esta experiencia de debilidad apostólica le lleva a adentrarse en las raíces del ministerio para comprenderlo y vivirlo en profundidad. La fragilidad hace que se manifieste lo que verdaderamente somos y nos acerca al verdadero núcleo del ministerio, al don en que se sustenta. Esta "entrada" en la profundidad a través de la debilidad es una ocasión para purificar el ministerio de adherencias secundarias y para que se revitalice desde su mismo centro

6. Es entonces cuando descubre que su tarea consiste en ser "*servidor de la reconciliación*". Esta es una de las definiciones que Pablo da del ministerio. Como hemos visto, el ministerio de la reconciliación del que habla se refiere, ante todo, a la obra de la redención realizada por Dios en

Cristo. El ministerio está al servicio de esta obra de reconciliación y ello le imprime un carácter propio. Ha de ser un ministerio de comunión dentro y fuera de la Iglesia, pero de una comunión fundada en la redención que Dios ha realizado en Cristo. En este marco puede situarse el servicio a la reconciliación que el sacerdote está llamado a realizar en diversos ámbitos y a diversos niveles. Ciertamente, dentro de la misma Iglesia, dividida a veces internamente y siempre necesitada de la reconciliación con Dios. Pero también en un mundo atravesado por divisiones que distancian a las personas, los pueblos, las culturas y las religiones. La reconciliación realizada por Dios en Cristo alcanza a todo el mundo, dando lugar a una nueva creación, de la que los cristianos se sienten parte. El servicio de la reconciliación consiste también en ayudar a los demás creyentes a hacer presente en el mundo la reconciliación realizada por Dios en Cristo a todos estos niveles.

7. Finalmente, es interesante releer toda la carta observando cómo se utiliza en ella el “nosotros” o los verbos en primera persona del plural. Este sencillo ejercicio ayuda a descubrir las relaciones básicas que configuran la vida del apóstol: su vivencia interior, la fraternidad apostólica de la que forma parte y la comunidad a la que es enviado como “servidor”. Las tres se requieren mutuamente, como muestra la experiencia del mismo Pablo. La vivencia interior, reflejada en las convicciones de fe que comparte con sus destinatarios (“*sabemos...*”) fundamenta su ministerio entendido como “servicio” a los planes de Dios. Este ministerio no lo vive Pablo de forma individualista, sino junto a otros. Algunas de sus cartas, y en concreto las dirigidas a los corintios, tienen varios remitentes. El mismo Pablo confiesa que Silvano y Timoteo fueron sus colaboradores en la evangelización de Corinto (1,19). Esta forma de entender el ministerio concuerda plenamente con lo que dicen acerca de la fraternidad apostólica los documentos recientes de la Iglesia (*PO* 8 y *PDV* 17). Finalmente, no puede haber ministerio si no se da un servicio a una comunidad. Para Pablo este servicio es, ante todo, el servicio de la reconciliación, que continúa la obra iniciada por Jesús. Estas tres claves sugieren pautas importantes para revisar y renovar nuestra vivencia del ministerio.